

Fascinación de la Conciencia por el Yo *

Necesidades teóricas del Psicoanálisis concreto

Esta comunicación es la continuación de otros trabajos, algunos antiguos y otros recientes, y expresa preocupaciones relacionadas con las necesidades teóricas del Psicoanálisis concreto. Queremos decir que las teorías generales del Psicoanálisis están demasiado alejadas de la experiencia psicoanalítica como para proveerla de una conceptualización fiel y para ser operacionales en el campo psicoanalítico. Esto nos parece cierto, en particular, con respecto a la teoría del aparato psíquico. Al estudiar las relaciones de la conciencia y del Yo (Moi) en Psicoanálisis concreto, no nos proponemos sustituir con otra teoría la teoría freudiana, sino llenar un vacío.

La teoría freudiana del aparato psíquico

El espíritu de la teoría freudiana está ya implícito en la elección del término "aparato psíquico", elección que aparece como perfectamente deliberada en *Traumdeutung (La interpretación de los sueños)* (Freud, 1899, Standard Edition, 536; Freud, 1923, *passim*), y mantenida en *Das Ich und das Es (El Yo y el Ello)*. Se trata en principio de un modelo naturalista, físico o fisiológico, inferido a partir de la experiencia psicoanalítica pero situado fuera de su campo. El estatuto de la teoría tópica es del orden de la ficción teórica (Jaspers, 1913), cuya función no es la de reflejar y hacer comprender la realidad psicológica, sino la de facilitar las construcciones explicativas (Hartmann y otros, p. 17). Desde entonces la validez de la teoría tópica depende de su fecundidad, es decir de saber si ha permitido explicar los hechos conocidos y descubrir otros nuevos, ya se trate de la técnica, de la psicopatología, o de las teorías psicológicas más generales.

* *La Psychanalyse*. Publicación de la Société Française de Psychanalyse, núm. 3, París, P.U.F., 1957.

Fecundidad de la teoría tópica

Es incontestable que la influencia de la teoría tópica ha sido de importancia en todos los dominios del Psicoanálisis, y hasta en el terreno del Psicoanálisis aplicado. Se puede, sin embargo, distinguir entre la forma concreta en que una influencia se ejerce y la fecundidad heurística propiamente dicha. El hecho histórico es que alrededor de 1920, el Psicoanálisis cambió de orientación; se alejó de los fantasmas inconscientes, de los placeres deseados y de los castigos temidos, para volverse hacia el Yo (Moi) (el Ich de Freud), sus mecanismos de defensa y sus deformaciones. ¿Pero era el *primum movens* la distinción de las tres instancias? Lo fecundo es la idea de los estados de dependencia del Yo (Moi) (Freud, 1923, cap. V); nada lo muestra mejor que el hecho de que, cuando se habla de los ensamblamientos de los tres sistemas, los datos que se mencionan tienen todos que ver con las dependencias del Yo (Moi) (Hartmann y otros, 1946, 14). Es este un punto capital del cual ciertas consecuencias, sin embargo, han sido incompletamente formuladas o percibidas.

La primera se refiere a los fines y a los efectos de la cura psicoanalítica. No cabe duda de que, en el capítulo sobre los "Estados de dependencia del Yo", Freud ha expresado claramente la idea de que la función del tratamiento era la de liberar al Yo (Moi) del peso de las otras dos instancias. La dificultad señalada aquí sólo concierne a la designación del proceso de liberación. La fórmula que se ha hecho clásica es que el Yo (Moi) sustituye las defensas más regresivas por otras menos costosas. No es ésta una formulación satisfactoria. La diferencia no ha sido precisada más que a propósito de la sublimación, que se distingue de los mecanismos de defensa propiamente dichos por el hecho de tener como condición previa la abolición de la represión, por lo tanto de la defensa, y clasificarse entonces entre lo que podría llamarse, más justamente, los mecanismos de liberación del Yo (Moi). La introducción del concepto de "liberación" (*dégagement*) distinguido del concepto de defensa, es condición previa para un acercamiento fructuoso al problema de los medios y de los efectos de la cura psicoanalítica.

Otra de las consecuencias está ligada estrechamente a las consideraciones precedentes. La idea de la liberación del Yo (Moi) mediante la cura psicoanalítica supone la anterioridad de un estado de cosas en el que el Ich está bajo el dominio de las otras dos instancias y, en particular, del Ueberich (Superyó). Es esto lo que se destaca en *Das Ich und das Es*, y más particularmente en el último capítulo sobre las dependencias del Yo. Las afinidades que Freud describe entre el Es y el Ueberich son estrechas, al punto que el Ueberich está ya representado en el Es (Freud, 1923, p. 226); sólo con esta condición, por otra parte, la formulación tópica del objetivo del análisis puede permanecer válida. Luego era lógicamente posible representar al Ueberich como una estructura no solamente más arcaica, sino genética-

mente anterior al Ich. Freud y sus sucesores sin embargo han mantenido la primacía de la organización llamada Ich sobre la organización llamada Ueberich y esto bajo distintas influencias: la teoría del complejo de Edipo quería que el Ueberich fuera el heredero de dicho complejo y, en consecuencia, una formación relativamente tardía y secundaria con respecto al Ich. Esto estaba sin embargo en contradicción con la existencia, ya reconocida en *El pequeño Hans*, de formaciones reactivas anteriores al conflicto edípico capaces de modificar el curso del mismo, y con la existencia de identificaciones pre-edípicas, a las que la continuación de la historia del complejo de Edipo habría de dar tanta importancia; sin embargo, aún en esta última perspectiva, se ha permanecido fiel a la precesión de la organización Ich sobre la organización Ueberich; en parte a causa de la sugestión inmanente al lenguaje; en particular a causa de prejuicios casi indestructibles sobre la primitividad de la conciencia psicológica; en parte en virtud de consideraciones racionales, como la de Glover sobre los Ego Nuclei.

Esto nos parece cierto hasta en una teoría como la de Melanie Klein, que ha destacado tanto la importancia de las identificaciones precoces. Parece haber olvidado la complejidad y obscuridad de un problema sobre el cual es evidente que las ideas de Freud no son definitivas.

Volveremos sobre esto. Sea como fuere, estimamos que lo que ha sido fecundo en la teoría tópica es la idea de los estados de dependencia del Yo (Moi) y que esta idea no estaba ligada en forma esencial a la teoría de las tres instancias ni a una concepción particular de la teoría de las tres instancias. Los mismos escritos de Freud abren el camino a concepciones diferentes de la que se considera como clásica.

Otras lagunas de la teoría tópica

En los límites de una crítica superficial, pueden distinguirse dos clases de defectos, según nos ubiquemos en nuestra propia perspectiva, o lo encaremos en relación con las necesidades del psicoanálisis concreto.

Me limitaré a señalar algunas lagunas intrínsecas a la teoría: la obscuridad y la confusión de las ideas relativas al Es, sobre el cual, cosa curiosa, casi no se ha escrito; la indeterminación relativa de los conceptos de Ueberich y de Ich Ideal, unas veces confundidos y otras distinguidos; la imprecisión de las ideas psicoanalíticas sobre las relaciones del Ich y de la conciencia, sobre la cual se aceptan generalmente los conceptos del sentido común y de la "psicología académica", como si la conciencia no planteara problemas psicoanalíticos.

Esto nos hace entrar en otra perspectiva, que es la de las necesidades del psicoanálisis concreto. Se debe repetir hasta el cansancio que el psicoanálisis concreto tiene necesidades teóricas que no se satisfacen con una conceptualización teórica hecha a mucha distancia de la experiencia, conceptualización que resulta esterilizante, al impedir el estudio de un

determinado número de realidades psicológicas, indispensable para las necesidades del psicoanálisis concreto, ya que los psicoanalistas deben manejarlas todos los días y porque es ilusorio imaginar que las consideraciones sobre los instintos y sobre el aparato psíquico, nos dispensan de clarificar nuestras ideas sobre conceptos más ligados a la práctica como son la conciencia, la conducta y la comunicación, por una parte; la persona, la personalidad y el Yo (Moi), por otra. (Proceso y organización, como se ve, al nivel del campo del psicoanálisis concreto, pues proceso y organización no son de ninguna manera, como parece creerlo Brierley, patrimonio de la metapsicología; tanto las experiencias conscientes como el Yo (Moi) de la psicología concreta pueden igualmente ser considerados como proceso y organización.)

El principal objeto de este trabajo es, respondiendo a las necesidades del psicoanálisis concreto, estudiar dos de estos conceptos, la conciencia y el Yo (Moi), y sus relaciones.

Del pasaje de la Metapsicología al Psicoanálisis concreto

Estas cuestiones, que nos parecen importantes, han sido descuidadas por la teoría psicoanalítica en su vuelo metapsicológico; raros son los textos psicoanalíticos donde se aborde la cuestión del Yo (Moi), en tanto que estructura de la experiencia del sujeto consciente y actuante, y casi de la misma manera se descuida a la conciencia. Freud se remite a los filósofos y al sentido común; apenas si la conciencia queda situada como una cualidad contingente del psiquismo y como un atributo del Yo (Moi). Sin embargo, puede pensarse que una teoría de la experiencia consciente resultaría de algún interés para el psicoanálisis concreto e incluso para la metapsicología. Lo peor es que una vez que se abandona el plano de la experiencia psicoanalítica, es difícil volver a él. La teoría tópica puede proporcionar visiones de conjunto prospectivas o retrospectivas, pero es dudoso que sea apropiada para interpretaciones específicas. Es cierto que no puede prestar su lenguaje a su formulación, sin caer en el metaforismo o en el antropomorfismo, o en las divagaciones de una paráfrasis erudita. El resultado es que el terreno del Psicoanálisis concreto está en gran parte abandonado por la elaboración teórica, abandonado al "antropomorfismo", como si los psicoanalistas no pudieran pensar con rigor más que tomando distancia con respecto a la experiencia.

Del antropomorfismo en Antropología

Entendemos que esta lucha se plantea aquí entre el naturalismo y el antropomorfismo. Para ser científico hay que ubicarse entre las ciencias de la naturaleza. Pues bien, si es verdad que el antropomorfismo es responsable de muchos errores en las ciencias de la naturaleza, puede uno pregun-

tarse si el rechazo sin matices del antropomorfismo no es la causa de tantos estragos en el dominio de las ciencias del hombre; dicho de otro modo, si es posible, sin considerables inconvenientes, "naturalizarlas".

El problema es análogo al de la moral y al de los valores. La condena de una actitud moralizadora en Psicología y Psicoanálisis no impide que los problemas del hombre sean problemas morales y que el psicoanálisis sea, en muchos sentidos y en muchos casos, una experiencia moral. Se puede hablar científicamente sobre los valores sin por ello legislar.

En la misma forma, en virtud de un anatema contra el antropomorfismo, se deja de lado todo tipo de problemas y de ideas perfectamente legítimas. Los "defensores" del naturalismo y de la ciencia no parecen haberse notificado de que el Ueberich es precisamente un tipo de *alteración* del Ich por identificación al otro (*alter*), es decir una organización antropomórfica. *Das Ich und das Es*, entre otras obras de Freud, está llena de tentativas para orientarse en los arcanos de un funcionamiento mental en sí mismo antropomorfizante. El antropomorfismo no es solamente una forma de error y de realismo intelectual. Precisamente, el psicoanálisis nos ha enseñado que hay una realidad, un sentido y una eficacia en la existencia concreta del hombre en medio de otros hombres. Y numerosos hechos nos hacen pensar que algo análogo existe para otras especies y que tiene sentido hablar de "genomorfismo" de la naturaleza.

Si estas observaciones son justas, la "naturalización" de las ideas relativas al funcionamiento y a la estructura de la persona parece haber tenido graves inconvenientes. En todo caso queda por hacer un trabajo de conceptualización, no a distancia de la experiencia, sino en contacto con el psicoanálisis concreto. Es en este sentido que queremos hablar de la conciencia y del Yo (Moi).

Dificultades verbales y dificultades reales

Las dificultades son al mismo tiempo semánticas y conceptuales. El estudio de los usos semánticos mostraría la variabilidad y la incoherencia del empleo que alcanzan, el término "Yo" (Moi), y en menor grado el término "conciencia". Para aquél, la ambigüedad semántica se reduce esencialmente a esto: el desconocimiento del hecho gramatical de que Yo (Je) es el caso sujeto y Yo (Moi) es el caso complemento¹. Pero la confusión está también en las ideas y la confusión en el lenguaje y en las ideas refleja en sí misma una confusión existencial de las realidades psicológicas, confusión dentro de la cual una psicología del antropomorfismo quisiera destacar al menos algunos aspectos.

¹ Estas dificultades no existen en castellano, pero por lo mismo tampoco existe la posibilidad de matizar en el seno del yo un caso sujeto y un caso objeto (N. del T.).

Intencionalidad de la conciencia y relaciones objetales

No voy a extenderme sobre la definición de la conciencia y la descripción de los procesos conscientes (Lagache, 1956). Me limitaré a recordar el principio de la intencionalidad de la conciencia, según el cual la conciencia es conciencia de alguna cosa diferente de la conciencia misma y que la conciencia, en sí, no es; principio por el cual la conciencia antes cerrada se ha abierto al mundo y a la trascendencia de los objetos.

La réplica psicoanalítica consiste en la promoción de las relaciones objetales, es decir las relaciones de un sujeto con el o los objetos. Estas relaciones no tienen todas la misma estructura y, sin agotar el problema, pueden distinguirse dos tipos muy contrastados, la objetivación y la identificación.

La objetivación es lo que nos resulta más familiar y fácil de captar. Es, por ejemplo, la relación cognitiva entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, con una distinción lo más clara posible entre el sujeto y el objeto. Distinción por otra parte relativa, ya que la objetividad es el límite ideal hacia el que tiende la relación de objetivación.

En cuanto a la identificación, algunos se sorprenderán de verla figurar entre las relaciones de objeto. Se incurre en la enojosa costumbre de asociarla a una posición sin objeto. Sin embargo, considerando las cosas ingenuamente, la identificación es para un sujeto una forma de entrar en relación con un objeto. Sólo que la distinción entre el sujeto y el objeto está abolida en la subjetividad; el sujeto se transforma en objeto, como la estatua de Condillac se transformó en perfume de rosas. Una tal identificación es, por definición, una alteración o, como se dice corrientemente, una alienación del sujeto consciente.

La teoría narcisista primaria debe entonces rechazarse, por lo menos en tanto se la conciba de otra manera que como un límite ideal y un estado de cosas donde las relaciones objetales se hacen mediante la identificación. Ciertamente, el objeto primordial es aún el objeto "adulto" del conocimiento profano y científico; sin embargo, desde los primeros días de vida, se observan adaptaciones (ajustements) rápidamente diferenciadas del recién nacido al seno materno, y no es absurdo suponer que antes que el deseo apunte a ese pre-objeto, el hambre y el apetito representen ya una intuición del "valor-alimento" (Scheler, 1913, p. 295); si bien el objeto primordial es reconocido más que descubierto.

La noción de la intuición del valor nos encamina a la idea de la precocidad con la que el objeto deseable puede ser "alucinado", antes de toda información exteroceptiva.

Mientras que el sujeto se aliena al buen objeto, presente o imaginado, se desaliena del objeto ausente o malo, y es plausible que las primeras

estructuraciones de la experiencia se hagan por los juegos alternativos o combinados de la introyección y de la proyección.

Debemos hacer notar aquí que las primeras experiencias no son afectivamente neutras, que son buenas o malas. Esto nos lleva a postular la indiferenciación primordial de la conciencia moral y de la conciencia psicológica. La idea de una conciencia psicológica pura y original es una ilusión, ilusión de la que es difícil desprenderse. Es mucho más plausible que la conciencia psicológica sea una diferenciación tardía, si llega alguna vez a desligarse de la conciencia moral.

El Yo como objeto trascendente

Estas aclaraciones sobre las relaciones entre el sujeto consciente y el objeto eran necesarias para abordar las relaciones de la conciencia y del Yo (Moi). El Yo (Moi) de la existencia concreta es bien diferente del Ich de Freud. Éste es más el sujeto de quien la conciencia es un atributo esencial, pero no permanente, y que se asemeja al sujeto trascendente de los filósofos. El Yo (Moi) de la existencia concreta, tal como lo entendemos, es para el sujeto consciente un objeto trascendente.

"Yo" (Moi) es el término que emplea el sujeto consciente cuando plantea su persona como un objeto, uno y permanente, que opone al no-Yo (Moi) y a los otros "Yo" (Moi), los "Yo" (Moi) extranjeros, pero a los que no puede oponerlos más que en tanto ese "Yo" (Moi) es de la misma especie, es decir, un objeto.

"Yo" (Moi) funciona así como una categoría o una estructura de la experiencia. Se conoce demasiado bien el proceso de estructuración del cual él es el resultado. Es esencialmente un proceso de diferenciación y de organización, de acoplamiento diferencial del Ego y del alter Ego, comparable al acoplamiento diferencial del propio cuerpo y las cosas (Wallon, 1931, 1932).

El Yo (Moi) se nos aparece entonces como una tentativa de conceptualización de las partes de la experiencia que se refieren a la propia persona. La conciencia tiende hacia una organización unitaria, buscando la ilusión, adhiriéndose a determinados puntos de referencia, como el nombre, y desconociendo todo lo que se desprende de ella, la multiplicidad de los roles intersicológicos, las identificaciones, el maniqueísmo del "Buen Yo" (Moi) y del "Yo malo" (Moi).

Agreguemos que este Yo (Moi) no está "objetivado" en una representación clara y distinta. Está menos representado que implicado en las modalidades concretas de la conducta, de la experiencia consciente y de la comunicación. Objetivarlo es una tarea psicoanalítica por excelencia.

Alienación de la conciencia en el Yo (Moi)

Si el Yo (Moi) es un objeto trascendente, no podríamos concebir la rela-

ción de la conciencia con el Yo (Moi) como la del sujeto (consciente) con el objeto (extra-consciente), es decir ya sea como una identificación, ya como una objetivación.

Nuestra tesis es que el sujeto (consciente) se identifica con el Yo (Moi); en otros términos, que la conciencia se aliena en el Yo (Moi) y en lugar de reconocerse por lo que ella es, es decir como una conciencia, se toma por alguien, por el Yo (Moi).

Esto implica "la ilusión reflexiva" que consiste en el hecho de que en la atención reflexiva (introspección), el sujeto sólo llega a captar su experiencia en primera persona, de donde surge la ilusión de que el Yo (Moi), al menos en la forma "tenue" del Yo (Je) (Pichon, 1938), es un habitante de la conciencia. Ilusión a la que no se puede escapar más que rememorando el recuerdo reflexivo de experiencias no reflexivas o razonando sobre la experiencia consciente de sujetos en los cuales la conciencia diferencial del Yo (Moi) no se ha desarrollado aún (Lagache, 1938).

Pero la captación de la conciencia por el Yo (Moi) no se limita a la ilusión reflexiva. Es también la ilusión "bovática" por la que el sujeto se toma por tal Yo (Moi) o en tal rol y tal identificación. Ilusión más o menos contagiosa: Ego, el impostor, encuentra cómplices y "se impone".

Tal es la condición que, por ser adquirida, no parece por ello menos natural, al menos en nuestra cultura. Podemos expresarnos en forma diferente diciendo que la conciencia está infiltrada, alienada, alterada, captada, fascinada, encantada, hechizada por el Yo (Moi). El Yo (Moi) que ella ha hecho.

En la medida en que esta condición se destaca, la relación de la conciencia con el Yo (Moi) tiende a ofuscar todas las otras, y la relación del sujeto consciente con los otros no se hace más que en forma "diferida", mediante la interposición del Yo (Moi).

Es la condición llamada narcisista, que se presenta como general, más o menos marcada, nunca radical, nunca completamente ausente. Podemos definirla como la condición psicológica en la que la conciencia está alienada por los prestigios del Yo (Moi).

Objetivación del Yo (Moi) por la conciencia

En una condición no narcisista o, más exactamente, en que el narcisismo tiende a ser mínimo, la relación objetual conciencia-Yo (Moi) tiende a la objetivación, es decir, hacia la distinción entre el sujeto (conciencia) y el objeto (Yo) (Moi).

El Yo (Moi) es objetivado en tanto que categoría de la experiencia *nexus* o entretejido de roles, suma de identificaciones.

En el mismo momento, la conciencia es *entrevista* en tanto que activi-

dad libre, no fascinada, no personal, en el movimiento mismo por el que se desprende y se retoma, por el que se restituye a sí misma.

Pero no puede ser apresada, es evanescente como Eurídice, que se desvanece ante la sola mirada. Se la vive, pero no se la dice.

Y no se desaliena más que volviéndose a alienar, porque no se destruye más que aquello que se reemplaza, y está en la esencia y en la función de la conciencia el alienarse.

A pesar de todo, no podría hablarse aquí de encantamiento. La relación de objetivación de la conciencia con el Yo (Moi) permite la apertura al otro, la comunicación directa sin la interposición del Yo (Moi), dicho de otra manera, una condición no narcisista.

Sobre la teoría del psicoanálisis concreto

Consideramos como idea capital de la teoría freudiana la de los estados de dependencia del Ich, es decir, de sujeto cuya conciencia es una posibilidad esencial. ¿En qué se transforma esta idea si nos referimos ahora a esos seres psicológicos más familiares que son la conciencia y el Yo (Moi)?

Un cierto número de condiciones psicológicas pueden ser descriptas, con mucha fidelidad y claridad, como estados de alienación de la conciencia por el Yo (Moi), teniendo como correlativo, la perturbación de la comunicación con el otro. Doy un ejemplo breve: una mujer de 50 años afectada de una fobia a los perros desde los 17 años; el cuento favorito de su infancia había sido la historia de una princesa encerrada en una torre, que no ve del exterior más que lo que se refleja en un espejo (abrevio); el otro cuento favorito era el del patito feo, de Andersen, el pato que se reconoce en un espejo de agua como cisne; la enferma me mostró un día una fotografía que la representaba en la alta ventana de una torre, con largos cabellos, una compañera disfrazada estaba arrodillada al pie. Esta figuración del Yo (Moi) se reproduce en su neurosis, que la aísla del mundo y la hace inaccesible a la comprensión del médico. Algunas personas la rodean de una devoción llena de paciencia, de cuidados, incluso de reverencias; y la confesión de su "impostura", pues ella sabe que ella es una ruina, le da una apariencia de sinceridad.

El espectáculo que me daba de sus emociones no pasaba nunca de algunas lágrimas bastante discretas; sobriedad del juego. En los pasajes difíciles no dejaba nunca de evocar los pánicos que la vista, la imagen o la mención de perros le habían provocado; allí residían, según ella, las fuerzas oscuras y temibles de la neurosis que estaba "detrás". Cito esta parte de la observación para decir que en estos casos, no es precisamente en lo que se presume "detrás" que la investigación debe demorarse, sino en lo que está "delante", a saber: la fascinación de la conciencia por los prestigios del Yo (Moi) y los conflictos de identificación (en esta enferma el conflicto entre la identificación con la "Madre Morali-

zadora" y con la "Niña Terrible"). Es en la estructura del Yo (Moi) y sus relaciones con la conciencia donde los conflictos decisivos pueden ser captados.

Casos como el anterior hacen captar particularmente bien la función "desestructurante" de la técnica, es decir, de la "puesta entre paréntesis de la realidad", y de la "regla fundamental". En el caso de esta enferma, durante todo el tiempo que estuvimos frente a frente, el tono de la entrevista fue mundano; y, una vez acostada en el diván, fingió aceptar, más que aceptó, la consigna de la regla fundamental.

El sentido del esfuerzo analítico debe ser (siempre dejando al enfermo la posibilidad de una salida honorable) el de arrancar a la conciencia del poder del Yo (Moi). Es en el movimiento mismo de esta desalienación que la conciencia es "devuelta a ella misma", para alienarse nuevamente, pues está en su esencia el alienarse, pero podrá en adelante hacerlo en el sentido de la presencia y la comunicación auténticas.

En este sentido, puede decirse que el fin perseguido por el análisis presenta cierta analogía con lo que algunas doctrinas religiosas y morales han llamado el no-Ego, es decir, la liquidación no del Yo (Je), en tanto designamos con ese término la actividad libre del sujeto, sino del Yo (Moi), en tanto que, fascinando a la conciencia, se interpone entre el sujeto y la realidad.

Estas consideraciones sobre las relaciones entre la conciencia y el Yo (Moi) conceptualizan fielmente, pensamos, lo que se observa en un cierto número de casos. Otra cuestión es la de saber si estas consideraciones son para la teoría del psicoanálisis de un alcance más general. En principio, me parece peligroso, en análisis, apoyarse en un sistema de referencias demasiado estrecho. Para conservarles su valor, no pretendamos extender excesivamente el alcance de estas consideraciones. Digamos solamente que esta forma de narcisismo ayuda a comprender mejor las relaciones esenciales de la conciencia con el Yo (Moi). Hechas estas reservas, estaríamos tentados de decir que el objeto del análisis se alcanza cuando, allí donde estaba el Yo (Moi), se encuentra ahora la conciencia.

30 de diciembre de 1956.

R E S U M E N

Este texto se ubica entre una serie de trabajos destinados a responder a las necesidades teóricas del psicoanálisis concreto, mediante una conceptualización rigurosa, pero manteniendo el contacto con la experiencia analítica. Este esfuerzo se refiere aquí a la relación entre la conciencia y el Yo (Moi).

En el registro de la experiencia subjetiva e intersubjetiva, el Yo (Moi) está conceptualizado como la representación, explícita e implícita, que el sujeto consciente se da de la persona. La relación conciencia-Yo (Moi)

es descripta como una relación objetal. Ésta puede tomar la forma ya de una identificación (la conciencia deviene subjetivamente el Yo [Moi]), ya de la objetivación (el sujeto-conciencia distinguido del objeto-Yo [Moi]). La tesis es que en el realismo ingenuo, sobre todo en las personas narcisistas, la conciencia se aliena en el Yo (Moi), se toma por el Yo (Moi) y se pierde como conciencia; la posición narcisista se define como la fascinación de la conciencia por el Yo (Moi); la relación con los otros no se hace más que a través del Yo (Moi). El papel del análisis es el de permitir a la conciencia objetivar el Yo (Moi) y de separarse de él, lo que creará nuevamente una comunicación directa y verdadera con los otros. Surge así la fórmula aplicable a este tipo de casos y a esta parte del trabajo analítico: allí donde estaba el Yo (Moi) debe estar la conciencia.

BIBLIOGRAFÍA

- BRIERLEY, M. (1934-1947). *Trends in Psycho-Analysis*, London, Hogarth Press, 1951.
- FREUD, S. (1900). *The Interpretation of Dreams*, Standard Edition, IX y V. London, Hogarth Press, 1953.
- FREUD, S. (1923). "Das Ich und das Es" *Gesammelte Werke*, trad. francesa en *Essais de psychanalyse*, Paris, Payot, 1936, (trad. española en *Obras Completas*, tres ediciones).
- HARTMANN, KRIS, LOEWENSTEIN, (1946). Comments on the formation of Psychic Structure, *The Psychoanalytic Study of the Child*, vol. II, 1946, 11-38.
- JASPERS, K. (1913). *Psychopathologie générale*, Paris, Alcan, 1953, (trad. española, Beta, Buenos Aires).
- LAGACHE, D. (1938). La signification psychologique des pronoms de la première personne, *Journal de Psychologie*, 1939, 267-273.
- LAGACHE, D. (1956). La conscience en psychanalyse, Communication à la Société de Psychologie, 3 noviembre 1956. (A publicarse en el *Journal de psychologie normale et pathologique*.)
- PICHON, E. (1938). La personne et la personnalité vues à la lumière de la pensée idiomatique française, *Revue française de psychanalyse*, 1938, 447-459.
- SCHELER, M. (1913). *Nature et formes de la sympathie*, Paris, Payot, 1928, (traducción española de José Gaos, Buenos Aires, Losada, 1943).
- WALLON, H. (1913-1932). *Les origines du caractère chez l'enfant*, Paris, P. U.F., 1949.

(Traducción de PAULINA LANDOLFI)